

Desenvolvimiento Cultural, Industrialización y Humanismo

Notas sobre la vida brasileña

POR DJÁCIR MENEZES

Catedrático de la Universidad del Brasil. Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología* vertida del portugués por Óscar Uribe Villegas.

La historia de los últimos años está revelando que no es fácil abrir un camino independiente por entre hemisferios hostiles, pero no hay nada que indique que sea imposible el esfuerzo que busca ese rumbo original. La gigantesca polarización de la humanidad entre dos núcleos de poderío mundial mantiene una tensión de expectativas que perturban la comprensión de la naturaleza racional de la solución. Ésta tendrá que ser buscada dentro de los límites de la acción inteligente; será una obra de arte, política, no sólo el efecto brutal de fuerzas que engendran consecuencias implacables. El proceso de conciencia histórica, que se intensifica en la hora presente, deshace cualquier temor o creencia en un destino dictado por determinismos catastróficos para el que el hombre sería un títere movido por dioses, por voluntades extrañas, por el *fatum*, entidades que hoy se encubren con el nombre de causas económicas o telúricas. Sabemos bien que hay una cierta interpretación modernizada que sigue representando al hombre como juguete del desenvolvimiento de fuerzas que se desatarían y lo impelerían ciegamente hacia fines irresistibles. En esas explicaciones, para materializar la imagen en la sugestión emotiva de las metáforas, acude a la mente el episodio del hechicero que libera fuerzas que ya no sabe señorear. En esencia, ese irracionalismo es un refugio de la impotencia, y su apología, una confesión abdicatoria de ideologías hechas de misticismo y metáforas. Y no falta, como siempre, quien acepte imágenes a guisa de

razones, confundiendo el episodio de la fantasía con la demostración de la verdad.

Es cierto que no se ha de atribuir al individuo el privilegio de plasmar su destino á *outrance*, pero, en la trama de los acontecimientos que constituyen la historia, se agudiza en determinadas áreas sociales y —en esas áreas— en determinados grupos e individuos, una representación mental viva del proceso que los hace más conscientes de los fines necesarios para la supervivencia y la felicidad colectivas. Por eso, lo que ellos dicen o hacen expresa aquello a lo que aspiran millares de sus conciudadanos. Tal dirección del sentir y el pensar, fue llamada por Rousseau, la *volonté générale*. Ella resulta de la conciencialización a definir en propósitos normativos. Esa comprensión me lleva a reconsiderar diferentes tipos de voluntarismo. Existe el voluntarismo de tipo carismático predicado por filosofías políticas plenas de ambiciones electorales que por ahí andan rabeando en las uniones electorales; y hay el voluntarismo íntimo, generado por el proceso de crecimiento orgánico de un pueblo. Tal proceso se acompaña de una concentración definida del poder, y la historia deja de ser *destino*, como dice Wright Mills, que se embruja en esa literatura hecha de vahos teológicos y neurosis de masoquista, al proclamar, como Camus, que el único problema filosófico serio es el suicidio. Esos onanistas especulativos no plantean la muerte como tema central del pensamiento por simple capricho: la actitud refleja una mentalidad de élite desesperada.

No comprenden que el problema no es de la muerte, sino, exactamente, el contrario: el del valor histórico de la vida humana, que no puede quedar librada a los azares de las competencias plutocráticas. Si las decisiones políticas se reparten hoy entre focos beligerantes de grupos económicos, dentro de las naciones industriales, se acabó la verosimilitud en la neutralidad de un Estado liberal que ejercite el monopolio del poder político por encima de aquellas rivalidades económicas. La propiedad privada ya no es la base del poder económico, porque el Estado tiende a asumir la propiedad de los recursos y amplía el intervencionismo en los sistemas de planificación. La soberanía nacional, como expresión unitaria del “pueblo”, sufre la acción erosiva proveniente de esa dilatación de los sectores públicos, bajo la influencia de los oligopolios, de los partidos, de los órganos de propaganda, de las asambleas, de los grupos de presión. Las conexiones entre la administración pública y las empresas vician la decisión política, falseándose el régimen representativo en las formas de un bastardo cooperativismo que es la absorción del poder político por el poder económico. Tal concentración de medios eco-

nómicos y técnicos —como enseña Henri Bartoli—, determina la aparición de centros de decisión que alteran las estructuras existentes. De ahí el despertar de un movimiento contrario en las masas, las cuales buscan intervenir —a través de la organización del poder sindical— en el ejercicio de las funciones del Estado. Recomendaba Oliveira Vianna —aunque razonando en dirección diversa— que “en la organización de nuestras instituciones políticas, es preciso que nos encaremos a nuestro pueblo en forma objetiva, esto es, como realidad social — como cosa viva”. Es lo que dice en jerga moderna, otro escritor: “El pueblo real es un pueblo de *hombres situados*.” Por eso, esa visión real del individuo en la posición concreta que ocupa dentro de las relaciones sociales, rompe la ilusión de la homogeneidad nacional, representada en la soberanía política del Estado, según el modelo clásico de las doctrinas liberales. Y fue la crítica socialista la que, bajo esa apariiencia, recorrió el perfil de la realidad social.

La sofística aborda estos temas con la irresponsabilidad de los políticos y publicistas mal provistos de conocimiento científico.

Es preciso analizar la inteligencia facciosa para mostrar cómo la circulación de las “teorías” sobre problemas nacionales encubre el arreglo de los intereses privados, que permite gruesos depósitos en los bancos de Suiza, en tanto en los bancos de las plazas públicas, el pueblo los aplaude y los envía al Parlamento con el encargo de aminorar las aflicciones de la patria.

Todas estas implicaciones son aspectos actuales del proceso que estamos viviendo, y al apuntarlos no lo hago con la intención amarga del moralista o para capitalizar sufragios en estas horas propagandísticas. En ese clima nació y onduló la nueva bandera del “desenvolvimiento”, que formuló postulados, enunció principios y construyó Brasílias, dando —incluso— credenciales a un club de filósofos para que teorizara sobre tales esplendores

Ahora que, desde el obispo Azeredo Coutinho, nuestro primer economista, se buscan rumbos para el desenvolvimiento: y no me consta que haya habido alguien que haya osado enderezar una objeción cualquiera contra el proceso nacional.

Incluso los nativistas que han predicado la valorización de las raíces aborígenes no han tenido la coherencia de insistir mucho en esa regresión, contentándose con dar vergazos, patrióticamente, contra la imitación y copia de las cosas extranjeras. Constituyó una moda vituperar el bachillerismo que se quedó con los ojos fijos en los figurines doctrinarios extraídos de la cultura europeoide, culpándose a las élites sociales de perder contacto vital con las realidades ambientales, “manto floral de des-

varios líricos sobre misérrimas realidades” —dijo Alberto Torres hace más de cuarenta años. Y como la mediocridad no sabe ver dialécticamente la contradicción viva de las cosas, se formó, en ese nativismo reaccionario la imagen simplificante de que urgía que nos libráramos de toda doctrina o teoría, para sacar de nuestra experiencia original una cosmovisión autóctoma en las artes, en las ciencias, en la filosofía. Ese *streap-tease* cultural era el esfuerzo supremo para la creación de la civilización tropical salida de fuentes amerindias. Pero, parecía evidente el que había imitación en el plano de las instituciones jurídicas y políticas y que, por ello, había que poner al bachiller de las facultades de Recife y de São Paulo al frente de los reos. Como ocurre en esas revisiones, se le han imputado todos los pecados.

En mis tiempos de académico, inclinados sobre los códigos para preparar exámenes y fijos en Alberto Torres para plantear debates, tronábamos contra el bachillerismo mientras seguíamos el camino del bachillerato. Y, que me conste, ninguno de nosotros abandonó los compendios jurídicos para dedicarse al cultivo de la caña y del algodón o para intentar la industrialización del babaçu.

Diremos que participábamos de las minorías representativas de la “cultura ornamental y refleja”, distante de la inmensa legión anónima que constituía las fuerzas vivas del trabajo nacional. Élite reclutadas de las capas dominantes del patriciado agrario, tan bien caracterizadas por el gran vanguardista de la sociología en el Brasil, que fue el maestro excepcional, Oliveira Vianna. Aún es saludable repetir la lección de sus libros primorosos. Pero, cuando una verdad comienza a ser acentuada más allá de sus límites absorbiendo otros aspectos, se inicia también, por efecto de la contradicción inmanente, el proceso de su negatividad; así, a medida que se insiste en denunciar el “ornamentalismo reflejo” de élites enajenadas del medio brasileño, comenzamos a descubrir que ellas no fueron tan inconscientes de los problemas circundantes. Por el contrario, tuvieron cuidado de las interrogantes emergentes que correspondieron claramente a su papel histórico. Ese “ornamentalismo” tuvo cuño realista y, bajo la apariencia enajenada, palpité el sentido de nuestras “vivencias”, lo cual explica nuestra supervivencia como pueblo.

Aquella “nación esencialmente agraria” tuvo, hasta la primera guerra mundial, posibilidades de integrarse en el influjo del dinamismo del mercado internacional como exportadora de azúcar, de palo de tinte o de cacao. Pero, tal ciclo se ligaba al desenvolvimiento de un capitalismo

mercantil conjugado al patriciado rural que tendía a retardar el proceso industrial deseoso de ampliar los marcos existentes de una economía tímida. En esa economía de exportación, los bancos, los puertos, los ferrocarriles, los beneficios de los empréstitos externos, todo, se construía para el servicio de empresas que *funcionan hacia afuera del país*. Las arterias de la riqueza conducen todo hacia el mercado internacional donde están los centros de decisión económica. Es una economía extravertida. La introversión sólo es posible por la industrialización; romper el subdesenvolvimiento es interiorizar el mando de la propia vida económica. ¿De qué manera se realiza este frenaje de las fuerzas del sistema? Hoy es fácil ver por qué las formas, otrora embrionarias, se han expandido plenamente. En ese cuadro de la economía rural hay aislamiento relativo de las regiones que —por su autosuficiencia— han participado poco de los mercados. De ahí resulta cierta tendencia conservadora de los artesanos, y de formas patriarcales de retribución. La agricultura comercial determina el desplazamiento de los trabajos tradicionales de los medios de subsistencia, en cuanto la producción manufacturera tiende a substituir la producción artesanal de las actividades más o menos domésticas (objetos de adorno, ingresos por bordados o tejidos, artefactos de paja). El síntoma más visible es la expansión de la unidad monetaria como consecuencia del impacto de ese capitalismo mercantil en el seno de la economía agraria, sin abrirse —en cambio— rumbo a la industrialización. La acumulación del capital no acelera la transformación de las inversiones en equipos industriales porque las limitaciones de los intereses comerciales y agrarios le circunscriben la órbita social y política: cada fase de esas transformaciones se configuró en forma específica de acuerdo con las circunstancias de su evolución. No hay, por ello, una historia uniforme de esos cambios, sino historias sociales de las estructuras en diversas situaciones.

Es, por ello, difícil caracterizar como “feudales” las estructuras precapitalistas de China, de las aldeas comunales de la India, de los latifundios iberoamericanos o de la aristocracia territorial del imperio, comprendiéndolos en un solo esquema. Dentro de cada una de esas estructuras se operan desagregaciones de tipo variado. A su vez, hay diferentes estilos de acción que suscitan, en el seno de las comunidades, respuestas variadas, de acuerdo con: la composición de la población, el grado de diferenciación de las capas o clases económicas, la división social del trabajo, la situación de las capas comerciales y artesanales, la urbanización, las relaciones entre ellas y las capas agrarias, etcétera; nuevos métodos para la creación de nuevas formas de riqueza.

En América Latina, el proceso de industrialización no recorre las líneas

clásicas para destruir las bases de la economía precapitalista, vigentes aún en los subdesarrollados: nuevas circunstancias modifican el problema que ciertos economistas no comprenden. De este modo, bajo los estilos de acción política de las naciones industrializadas, se abren perspectivas diferentes a las naciones subdesarrolladas con la dilatación de la esfera mercantil del sistema económicamente atrasado, en detrimento de la esfera industrial. Aquella área, vinculada a los mercados y a la finanza internacional, se vuelve aliada espontánea de la economía agrícola, hasta cierto punto hostil a las transformaciones reformistas exigidas por el progreso industrial. Éste aspira a la expansión del mercado interno, que es el presupuesto vital de su organización. Es el enemigo natural de todas las artesanías de producción doméstica y de las formas precapitalistas de distribución. La consecuencia será la disminución de la exportación de materias primas, que pasarán a ser utilizadas internamente: serán fuentes que escaparán al control de los Estados industriales. Se comprende la ingenuidad de esperar de esas potencias el incentivo para la industrialización. A la autosuficiencia de los ilhotas de valores de uso la supera con el proceso creciente de la red de los valores de cambio, con todas sus consecuencias: dispositivos bancarios, desintegración de las formas de contrato de trabajo rural, de las formas de las clases electorales, desagregación del paternalismo político.

Concentremos la atención en el punto esencial de esa exposición ¿Hasta dónde se podría hablar de “cultura ornamental y refleja” en Brasil? ¿En qué medida los grupos intelectuales selectos han permanecido ajenos o desajustados a la realidad ambiente? y ¿hasta qué grado sus acusadores actuales están, *ipso facto*, distanciados de esas mismas realidades?

Si se me permite recordar, por unos minutos, al viejo Hegel, diré que, en su concepto, la cultura es forma de enajenación. Lo que el hombre creó espiritualmente implica ya el proceso de enajenación, en el que el lenguaje sería factor esencial: la criatura es desconocida por el creador, que perdió la conciencia de la paternidad: de ahí la *extrañeza* y el *descubrimiento del extraño*. El vocablo entró en circulación por conducto de un filósofo abundante de nuestro “desarrollo”, convertido febrilmente al marxismo, quien es hoy furibundo profeta antiuniversitario —y está en la jerga de los estudiantes, como tantos otros conceptos. En la Carta de Panamá, el concepto aparece— en la posición de sustantivo, de adjetivo y de verbo un sinnúmero de veces, para caracterizar principalmente al sistema pedagógico y a sus doctores (entre quienes tenemos la

honra de figurar, tan enajenados como los demás). Ya se ha hablado hasta de una casta o estamento profesoral, que sería el cuerpo representativo de esa "cultura ornamental y refleja". La caricatura, que es media verdad, corre mundo como verdad y media. Quiero, en forma precavida, exponer algunas objeciones a la sentencia que se alarga por ahí, fragorosa y juvenil. Convengo en que los órganos universitarios, en cuanto estructuras arcaizadas, están distanciados de los ideales renovadores y no ejercen la función que de ellos espera la juventud estudiosa. Hace mucho tiempo que se vio todo esto. La sociedad industrial marcha aceleradamente, y la enseñanza superior no le acompaña al ritmo de compás creciente. La impaciencia de los estudiantes, ansiosos del saber moderno y ávidos de nuevas técnicas, amenaza nuevas explosiones contra esa universidad que les han pintado "insulada" o convertida en isla en su "alieneación" e idiota en sus objetivos. Idiota en la acepción semántica de la voz griega: que estrangula, en el esclerosamiento de sus arterias docentes, las ondas renovadoras. Acusan a los maestros de caducos, de arcaicos e incluso de reumáticos, y asumen aires de "incomprendidos" en sus aspiraciones revolucionarias, filantrópicas y humanísticas. Un auto humorístico, que se publicó en la revista *Tiempo Brasileño*, hizo una crítica turbulenta de la Universidad y de su respectivo encanallamiento.

Todo esto es muy significativo, y no se sabe quién lanzará la primera piedra. Pero, me atrevo a pedir que se vuelva a tomar el tema con frialdad o, por lo menos, sin virulencia emocional. Restablézcase una preliminar, para iniciar el debate: la de que lo poco que los profesores ya han estudiado y quieren transmitir a los alumnos no les entorpecería la comprensión del asunto. No exagero, y sólo anoto que el ilustre catedrático, preso de exaltación revolucionaria, escribió un fascículo en el que nos niega a nosotros —casi a todos— el derecho de pronunciarnos sobre la suerte de la Universidad. Dice ese desvariado apóstol de la redención nacional: "Todas esas respetables personalidades acreditan el que la Universidad es un templo sagrado, en el que una corporación de sacerdotes del saber pontifica sobre todos los asuntos, en plena posesión de la verdad" sólo quien no haya entrado en una facultad brasileña podría creer esto. Desde Tobías Barreto esa corporación sacerdotal, entre alumnos reverentes, desapareció, y cada vez reina una mayor familiaridad que, en algunos casos, raya en la indisciplina. Afirmar eso es, positivamente, faltar a la verdad. Pero, el ilustre miembro de la corporación sacerdotal prosigue: "los cursos de las Facultades son —prácticamente— el desarrollo de una liturgia: un servicio divino que los profesores offician ante un público pasivo, escasamente atento, interesado en cumplir el acto de presencia" Hace la descripción ima-

ginaria de una solemnidad imaginaria en un templo imaginario. Enajenación ¿de quién?, del autor. Él pertenece al selecto cuerpo profesoral “que prestó juramento a la clase superior” y nos explica, ahora, la “lucha de clases en el interior de la Universidad”. “No se trata de una lucha de generaciones de cuño meramente literario o romántico, que tiene objetivamente significado reaccionario.”

Ve a la “izquierda profesional” compuesta de frustrados, resentidos, indecisos, populistas, prejuiciosos, retardatarios, faltistas y, al final, “al hombre de izquierda ideológicamente auténtico” que, dígame la verdad, es el profesor Álvaro Vieira Pinto, porque ninguno escribe con tal furia ideológica sobre la construcción de la Universidad a partir de la cota cero, contra el “combuste del pedagogismo reformista” promovido por los “magnates de la enseñanza”. Replicó, a tiempo, el profesor Alairo Gomes. “No negaría jamás la existencia de aves, disecadas, manequés y oportunistas entre los profesores universitarios. No negaría tampoco que esos especímenes representen un verdadero flagelo para la Universidad y para los estudiantes y para el movimiento cultural del país, pero ¿constituyen una mayoría?” Claro que no. Más, todos son acusados de sumisión al capital extranjero, y de agentes del imperialismo. Y ¿cuál es el remedio del señor Vieira Pinto? *Sujetar la Universidad al Parlamento*. No se da crédito a la seriedad de la propuesta, principalmente cuando se observa la deturpación del sistema representativo por el poder económico. El marxismo-leninismo, privado de cualquier validez objetiva, del señor Pinto, se convierte en una sofística vieja que sólo podrá seducir al socialismo prepuber de los incipientes en el medio cultural, entre los que recluta prosélitos.

Nadie discuerda en que el progreso científico, creador de las técnicas modernas que aseguran al hombre el dominio impresionante de las fuerzas naturales, es función de élites extraordinariamente dotadas. El saber nunca tuvo tanto impacto sobre la vida colectiva. Tales afirmaciones se han vuelto ya lugares comunes en el lenguaje de quienes se vuelven hacia tales problemas. Si se sigue a otros estudiosos inspirados en otros predicadores, se observa que al progreso técnico no corresponde el progreso moral y que ha habido un desfase. De ahí, como de la caja de Pandora, proceden todos los males. Frente a ese hiato, el remedio ingenuo consiste en fortalecer espiritualmente al hombre. Entonces, el problema, en vez de residir en las estructuras de la vida colectiva, pasa al interior de cada quien; entra en la jurisdicción de la conciencia. Se interioriza, se individualiza, se subjetiviza. Ya no está en el proceso histórico; desaparece

del mundo de las relaciones humanas y de las cosas exteriores. No se adelantaría, pues, con querer entresacar, de las desigualdades en el beneficio y el ingreso, entre grupos y clases, la fuente de los males y de las agitaciones, porque todas éstas serían causas próximas y efímeras: las verdaderas y profundas estarían en ese desaforado afán de conocer, de descubrir, de dominar, que la ciencia representa. Y nada cuesta, a esa altura del raciocinio, comenzar a culpar el saber excesivo calificándolo de orgullo que ofendería a la Providencia.

La riqueza, por tanto —dicen— conduce a la infelicidad. ¡Cuán venturosa la edad patriarcal y agraria! Encontramos en muchos economistas esa crítica del capitalismo industrial que destruyó el idilio del quieto paisaje de la civilización rural. Entre nosotros, las nostalgias del patriarcalismo cañero han dado buena literatura sociológica.

De modo que, con cada paso al frente, con las renovaciones técnicas, se producen cambios en las relaciones humanas. En cuanto la renovación tiene más profundidad revolucionaria, en virtud de los descubrimientos —antes, la energía eléctrica, hoy la energía nuclear— la crisis impresiona. Y los impresionados caen en el problema moral que no es moral y nada tiene con la moral, pues es de ajuste entre el progreso material y la organización política. El hiato existe, entre el adelanto científico y la estructuración del poder. Lo que está en jaque no son los códigos éticos, no es el decálogo mosaico, no son las normas religiosas, es el sistema de las relaciones de convivencia humana en que la propiedad se coloca por encima de las exigencias sagradas de la libertad y de la vida humana. Es ésa la inversión monstruosa que el tecnicismo no percibe porque perdió la savia del humanismo y sirve a los sistemas del capitalismo occidental o del totalitarismo oriental, sin reconocer que por encima de los dos grandes centros hemisféricos de aglutinación del poderío mundial está la conciencia del *genus humanum*, que ha de superar el antagonismo, en nombre del futuro de la propia especie.

La solución no puede ser ese cesarismo nacionalista de “democracia de masa” que lleva al Estado Leviatán como sistema de gobierno. En balde se buscará en esas autocracias inquisitoriales el contenido humanista que animó los ideales del socialismo. Bajo configuraciones marxistas, leninistas, se desnaturaliza el humanismo en la hegemonía de una máquina partidista que manipula el servilismo excesivo de los secuaces que han abdicado de todo espíritu crítico.

Esas interrogantes sólo ahora comienzan a ser tratadas en los medios estudiosos brasileños. ¿Por qué tardamos en examinarlas? Claro, se culpa al subdesenvolvimiento. La conciencia de los subdesenvueltos o subdesarro-

llados es subdesarrollada: así opinan críticos que no sé bien dónde viven pero que son, ciertamente, prodigiosos, ya que escapan a tales limitaciones y escrutan horizontes de águilas. Situado en el área social de la conciencia ingenua, y ligado como estoy a la minoría universitaria de la enajenación, me queda afirmar que el problema entra a debate en el momento en que urge debatirlo. No fue el alborozo repentino, que por ahí sacude la cola, el que trajo, de paso, los problemas del humanismo científico y de la reforma universitaria para la controversia de los intelectuales brasileños. Que lo supongan los niñitos que ahora se inician en el estudio es perfectamente admisible, pero, es inexplicable que lo digan inteligencias adultas, a no ser la de algún cortesano de la popularidad universitaria. Bastaría recordar cómo se viene desarrollando el proceso histórico del pensamiento pedagógico nacional, a través de sus luchas contra preconceptos y rutinas, contra prácticas gubernativas y resistencias tradicionalistas, para percibir el encadenamiento genético de los diversos momentos de nuestra educación.

El tecnicismo y el humanismo fueron confrontados como soluciones o actitudes contrarias o rivales. La crítica al bel-letrismo apareció como crítica del bachillerismo, y se apoyó en las ciencias físico-naturales que dieron impulsos en dirección antimetafísica a los estudios histórico-sociales a fines del siglo pasado. Pero, el "tecnicismo" no es sino el desligamiento entre las ciencias biológicas y físicas y el contexto social, que le da sentido histórico. Desentrañándose de las relaciones de convivencia, sus cultores pierden, gradualmente, la conciencia viva de los destinos comunes. Es el proceso de titerización; esto es, de formación de los títeres, o sea: de especialistas clausurados en el especialismo, verdaderos eunucos del saber circunscrito. Ese proceso de deshumanización, de vaciamiento social de la persona humana es la metamorfosis en que el "técnico" se convierte en una "pieza" del sistema político. Y si eso acontece en el capitalismo, el fenómeno también se presenta en el socialismo de tipo totalitario con la asfixia de los órganos críticos por una ideología disciplinadora en la que desaparece la vida privada, absorbida por la omnipotencia del partido único.

Pero, mucho antes de que tal ofensiva fuese desencadenada en estos parajes, el análisis de la enseñanza secundaria y superior fue hecho por educadores eminentes. ¿Habría necesidad de citar los nombres de Almeida Junior, de Fernando de Azevedo y de Anísio Teixeira, para limitarme a la trinidad máxima de los inconformistas? Ellos son inspiradores de todas las cruzadas pedagógicas. Los manifiestos lanzados al país y a los responsables de sus destinos escalpelaron los vicios provenientes de un humanismo apartado de las ciencias antropológicas y sociales, y señalaron el

peligro de tomar la vereda de un tecnicismo que suprime las perspectivas históricas y reduce al trabajador intelectual a mero servidor de las organizaciones que se entreveran en la máquina gubernativa. El mayor riesgo es la ablación de la conciencia histórica de ese producto de la civilización industrial, que es el “técnico”, cientista que se fijó en su cápsula y que recibe de la cultura general sólo las pastillas sintéticas que le son confectionadas por la pedagogía oficial. Así, el proceso sutil de asfixia o domesticación de la vida interior, se puede realizar por métodos llamados “democráticos”, o por los métodos autocráticos del partido único. El bolchevismo es la expresión política de las razones del Estado ruso; ha mucho que ahí el marxismo tomó posiciones propias, sujetas a inopinados cambios de dirección (la última se refiere a la descarada glorificación de Pasternak, quien arrojó en vida, tantas acusaciones de traición). La historia política está evidenciando que, en los pueblos en los que se implantó la práctica de las instituciones representativas, creció la resistencia a la diseminación del marxismo de tipo leninista. Éste se extendió rápidamente en las sociedades subdesarrolladas, y su campo propicio es —actualmente— el de las naciones euro-asiáticas y latinoamericanas. En esas regiones, hay una curiosa paradoja, anotada, de modo diferente, por Jacques Lambert: refiere éste que, en América del Sur, la “legalidad republicana es comúnmente de espíritu conservador y, a través de un sufragio universal, libre de presión gubernativa, se inclina a la derecha mientras las diversas formas de dictadura, militar, personal, fascista, por el contrario, son de tendencia renovadora y los regímenes izquierdistas. Se apoyan en la ausencia de sufragio en el sufragio dirigido o en el sufragio estricto” En otros términos, los gobiernos revolucionarios, que precisan desmantelar las oligarquías montadas no podrían consultar democráticamente a la masa porque no disponen aún de aparejos capaces de captar el verdadero sentir de legiones de analfabetos. Sería verdad si los “pronunciamientos” de esas repúblicas no fuesen luchas entre clanes facciosos para la conquista del poder. Algunas excepciones merecen estudio aparte.

Pero, volvemos al tema del autodidactismo, que se ramifica en múltiples interrogaciones.

La ojeriza repentina y sistemática contra el autodidactismo tiene motivos más hondos y, al denunciar las fallas del autodidacta, va demasiado lejos: pretendió encostalar a las generaciones educandas en un heterodidactismo que lo disciplinaría todo. Entonecs las virtualidades imprevistas, las

originalidades del talento creador, cuando entran en litigio con los paradigmas canonizados, deben ser debidamente detenidas o evitadas.

Lo que es rebeldía asume color de herejía y el control de las facultades originales ofrece obstáculo al genio creador. ¿Cómo defender y propagar una teoría nueva, que hostiliza el situacionismo cultural que, a su vez, se asienta en el situacionismo social y político? La pesquisa científica no puede desenvolverse en ciertas direcciones que perjudiquen los intereses existentes. Son éstas verdades evidentes que, sin embargo, son ocultadas o disfrazadas a cada paso.

Podría pensarse que esto acontece principalmente en lo que se refiere a las pesquisas sociales en las que los intereses sociales son muy claros: analizar el volumen de las ganancias de las empresas o contabilizar los rendimientos de capitales extranjeros es más sensible, socialmente hablando, que investigar el nuevo proceso de fabricación de un producto. Sin embargo, sería superficial pensar así. Si una conquista de la llamada "ciencia pura" permite la construcción de un nuevo tipo de aparejos, la conexión con el mundo de los negocios podría interferir en el sentido del sigilo, paralizando, por causas mercantiles, el progreso del conocimiento teórico. Hacer la versión abstracta de los problemas económicos y vaciarlos de la savia de los intereses humanos so pretexto de darles apariencia severamente o herméticamente científica; con todo, tales problemas no pueden dejar de ser *políticos* ante todo; se sitúan en el conjunto de las relaciones de clase, de grupo, de corporación, a través de las cuales se ejerce el poder. Todo es un solo proceso histórico, expresado en una sola praxis histórica.

Todo redundaría en el aumento de la conciencia, con la mayor responsabilidad de los intelectuales que será bien definida por la regla de "no formular ninguna interpretación respecto de las realidades sociales del mundo, sin previo análisis de las relaciones sociales de las ideas". Su papel, como científicos, no es el de encubrir las transformaciones en curso, sino descubrir los rumbos legítimos del porvenir humano.

Frente a esta perspectiva, no existe el problema del tecnicismo y del humanismo, puestos uno frente a otro como términos separados. Separados, constituyen problemas insolubles, casi misterios. La humanidad no resuelve misterios; sólo los archiva en su pasado mitológico: los reduce a problemas, formula las interrogantes dentro de los límites de la experiencia históricamente elaborada y prepara la respuesta que, de modo irresistible, temprano o tarde, encontrará.

Y ¿cómo se reflejan, objetivamente, las tendencias para el bachillerismo y para el tecnicismo en conexión con el marco social de Brasil? Hasta cierto punto, si quisiese esquematizarse simplemente, se podría intentar

vincular las dos tendencias, distinguiendo entre algún tropismo de los subdesarrollados hacia el bachillerismo y de los desarrollados para el tecnicismo. De hecho, con la industria en expansión, las exigencias para el profesionalismo científico son cada vez más intensas y el mercado de trabajo calificado, al lado de los demás mercados, se profundiza en el país. El aparejo de la educación superior está llamado a proporcionar el personal habilitado que el consumo de las grandes empresas reclama. Eso, evidentemente, no ocurre en los marcos de una sociedad atrasada en donde no hay necesidad de grandes calificaciones técnicas. Entonces el beletismo de las clases dirigentes se polariza hacia la cultura humanística y clásica. No se vea en esa cautelosa indicación una asertiva perentoria pero aproximadamente verdadera en lo que respecta a la evolución nacional. El profesor J. Roberto Moreira escribió que, en 1958, en las matrículas de los 977 cursos superiores 47 por ciento se destinaban a los cursos de Derecho, Filosofía y Letras y 17 por ciento a los de Ingeniería. En esa constatación, tenemos la prueba de la consistencia social de aquel tropismo bachillerista de que habla cuando dice que “prefieren seguir la vieja tradición brasileña”. Y ¿en los cursos de economía y contabilidad? apenas el 7 por ciento. Antes el por ciento era aún más expresivo, pero está cambiando, porque el país experimenta una transformación rápida para la ampliación de los mercados en ese proceso de concentración de la riqueza.

La propia discusión del problema es síntoma de esa transformación. La resonancia de los temas ligados a la Ley de Directrices y Bases reveló a los estudiosos las raíces que tales interrogantes tienen en el proceso histórico, por más ignorancia que de él ofrezcan algunos doctrinarios empeñados en obtener respuestas que les convengan. “Es patente —dice lúcidamente el investigador citado— la preferencia de la iniciativa privada por la enseñanza de naturaleza clásica y humanística. Si los recursos públicos destinados a la educación fueren aplicados en gran parte a la escuela particular, correríamos el riesgo de crear en el país una élite excesiva de filósofos y letrados, con perjuicio de la especialización para el trabajo técnico y científico que requiere el presente estadio del desenvolvimiento brasileño”. ¿Qué significan tales palabras? No diré que una contradicción entre dos tendencias, sino una oscilación que revela en el momento cultural, como propedeútica, a la inteligencia crítica y creadora, que supera la cultura refleja e ingenua. Superación profundamente hegeliana porque es en el fundamento común de la identidad como se oponen en el mismo proceso. El enunciado del tema, “lucha simultánea del bachi-

llerismo y del tecnicismo” y el de esa “simultaneidad” son fuertemente expresivos: porque nos sugieren la interpenetración de contrarios que sólo se contrarían en cuanto elementos comunes de la cultura, que es proceso vivo en el seno de la comunidad activa. “Bachillerismo” es el apellido del humanismo nativo, que presidió la formación de la nacionalidad que tuvo su cuna en las facultades de Recife y São Paulo. El tecnicismo, cuando vence la rutina, encarna el espíritu galileaco de investigación. En ese rasgar de horizontes, aspira vitalidad histórica. La pesquisa nace de lo que hay de más humano: del esfuerzo por dilucidar las cosas naturales y... la “idea” de naturaleza se modifica a través de los tiempos a medida que la conciencia progresa y se ahonda. ¿Cómo divorciar, pues, el crecimiento del humanismo y el crecimiento del tecnicismo? Quien así procede, o imagina que la ciencia es un recetario de reglas o supone que el humanismo es el culto de los tabús, ignora que de las fuentes humanísticas salieron las ciencias de la naturaleza y de la sociedad. Y, sobre todo, no divisa el perfil de la gran revolución de nuestros días, que es, la racionalización antropocéntrica de todas las ramas del saber: el Hombre es el polo de todas las cogitaciones y el bienestar humano la finalidad suprema de todas las políticas.